

# **Marcela y el dragón de agua**

**R. Huete Iglesias**





*“Lo que necesitamos es más gente  
que se especialice en lo imposible”*

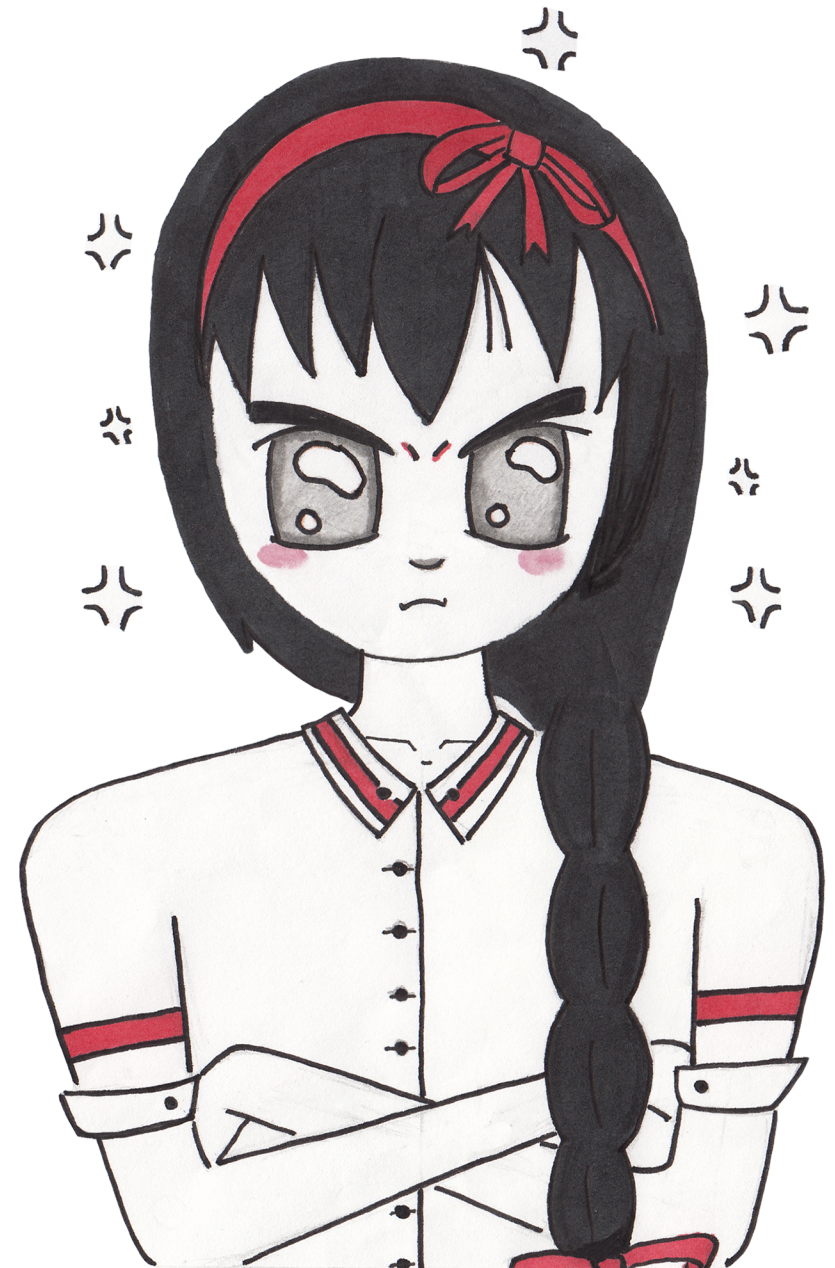
Theodore Huebner Roethke

A Marcela le encantaba embarcarse en aventuras de todo tipo. Por eso, siempre que tenía ocasión y las circunstancias se lo permitían, salía de excursión con sus padres y sus amigos para practicar actividades tan emocionantes como tirarse en paracaídas o practicar escalada.

De entre todo lo que solía hacer al aire libre, había tres deportes que le apasionaban: el piragüismo, el esquí acuático y el kitesurf. Y como vivía muy cerca del mar, podía practicarlos casi a diario. Ella se sentía muy afortunada de poder hacer lo que más le gustaba en el mundo entero.

Sin embargo, había algo que le molestaba bastante. Y es que, a pesar de que le entusiasmaba competir y de que practicaba mucho estos tres deportes, nunca había conseguido ganar una carrera o una prueba de habilidad en ninguno de ellos.

Cuando pensaba en esto se enojaba tanto que incluso se le caían las lágrimas. No entendía por qué no podía ser la mejor... ¡Con lo que disfrutaba practicándolos!



Un día, después del colegio, estaba haciendo piragüismo con su canoa hinchable mientras pensaba en la mala suerte que tenía en todas las competiciones, cuando de golpe el mar empezó a embravecer.

Era verano, y hasta el momento el día había sido de lo más placido, así que aquel cambio de estado repentino en las aguas era totalmente insólito. Parecía como si el mar se hubiera enfadado con ella de un momento para otro. La canoa de Marcela empezó a tambalearse al ritmo de las olas súbitas, tanto que estuvo a punto de volcarse, así que tuvo que agarrarse bien fuerte para no caer de cabeza al agua.

Fue en aquel momento cuando, justo a su lado, emergió del mar algo enorme y monstruoso que se elevó como una gran columna de agua. Marcela se quedó mirando hacia el cielo atónita. Se había quedado hecha una sopa por las salpicaduras de aquella cosa gigantesca, pero ella ni se daba cuenta.

A primera vista parecía tratarse de una serpiente gigante con la piel de color azul turquesa. Pero su cabeza, coronada por una extraña cresta violeta, era más similar a la de un dragón. Tenía cuatro ojos en total, pequeños y redondos como los de una araña, y unos horribles colmillos de jabalí dorados que daban mucho miedo de lo afilados que estaban. Aquel ser era terrorífico.





—¡No me hagas daño, por favor! —gritó Marcela atemorizada mientras se cubría el rostro con los brazos en un intento inútil por esconderse.



—Soy tu protector, Marcela.  
¿Cómo iba a hacerte daño?  
—le contestó el misterioso  
dragón.

—¿Protector? No entiendo... —La chica, que estaba ahora más confusa que asustada, apartó los brazos para observarle con mayor atención—. ¿De qué me tienes que proteger?

—De ti misma, naturalmente.

Ella no entendía nada de lo que estaba sucediendo pero tampoco sabía qué hacer, así que se quedó en silencio hasta que cayó en algo que le pareció llamativo.

—Espera un momento... ¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo conozco todo de ti. Aunque tú no te hayas dado cuenta llevo toda la vida guiándote, ayudándote a tomar todas aquellas decisiones sobre las que dudabas.

—¿De verdad? Entonces eres una especie de... ángel de la guarda?

—Algo así. Aunque prefiero que me llames por mi nombre, Amintor.

—¡Amintor...! Y... ¿qué quieres de mí? —preguntó entonces la chica con cierto recelo.

—Llevas tiempo quejándote de que no ganas ninguna competición, así que he venido a ayudarte —le explicó el extraño dragón de agua.

De repente Marcela bajó la guardia. Si aquel ser tan extraño iba a ayudarla a conseguir lo que más quería en la vida, en realidad no tenía por qué sentirse asustada.

—¿Y cómo tienes pensado ayudarme? ¿Me entrenarás tú?

—No exactamente. Lo que haré es simplemente explicarte en qué estás fallando para que tú decidas si quieres cambiar o no de estrategia. Pero para entenderlo tendrás que pasar una prueba. ¿Te apetece?

—¡Sí! —exclamó ella. Estaba de lo más entusiasmada porque al fin podría ver su sueño cumplido.

—Bien, ¿ves aquel faro que se eleva allí al fondo?

—Amintor le señaló a lo lejos con la punta de su larga cola.

—¿Cuál? Yo no veo nada —por más que miraba y remiraba, Marcela no veía ningún faro, ni nada que se le pareciera. Quizás era porque desde su canoa no alcanzaba a verlo.

—Espera y verás.

De la nada apareció una estructura alargada que emergía desde el agua con el mismo ímpetu con que lo había hecho Amintor hacía escasos minutos. Era, en efecto, un faro erigido sobre un pequeño islote que ahora flotaba sobre el mar como si llevara ahí toda la vida. Marcela volvió a quedarse sin palabras.



—Lo único que tienes que hacer es remar con tu canoa hinchable desde aquí hasta el faro. No hay prisa, puedes tomarte todo el tiempo que necesites puesto que lo importante no es cuándo llegues sino que lo consigas. Eso sí, es indispensable que no te distraigas por el camino, ¿de acuerdo?

—Entendido.

—¿Seguro? Es esencial que sigas mirando al frente pase lo que pase, así que tú mantén la mirada fija en la meta veas lo que veas. ¿Te acordarás?

—¡Está chupado! —Marcela estaba ansiosa por empezar.

—Muy bien. De todos modos si no supieras qué hacer, apaga la luz del mundo y llámame.

—¿La luz del mundo? No sé a qué te refieres...

—A que lo dejes todo a oscuras.

—De acuerdo... —respondió ella sin comprender una palabra—. Pero ¿cómo hago eso de apagar la luz y llamarte? ¿Es que me vas a dar un mando a distancia?

—¡Jajaja! —rió el dragón—. No lo necesitas. Para apagar la luz del mundo solo tienes que cerrar los ojos y dejar la mente en blanco. Para llamarme, tendrás que usar tu tercer ojo.

—¿Mi tercer ojo? Todo esto que me dices es tan raro... ¿No me estarás tomando el pelo?

Amintor sacó del agua su larga cola llena de escamas azules y señaló con ella la frente de la chica. Justo en un punto entre ceja y ceja.



Ella se tocó la frente, y naturalmente no se encontró ningún tercer ojo en el entrecejo.

—Aunque no lo veas, está ahí —prosiguió el dragón de agua—. Solo tienes que sentirlo para que se active. Concéntrate en él después de que hayas cerrado los ojos y de que hayas dejado la mente en blanco, y acudiré en tu ayuda.

—Vale... —aceptó, aunque con mucha indecisión.

—Muy bien, pues vamos a ver si realmente lo has comprendido. Volveré cuando hayas llegado al faro.

En ese momento Amintor empezó a girar y a girar sobre sí mismo. Y lo hacía tan rápido que la corriente de aire a su alrededor hundió el mar causando un gran remolino. Éste se fue agrandando cada vez más hasta que al final su tamaño alcanzó el del mismo dragón. Entonces Amintor se introdujo en él para sumergirse de nuevo y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.



Marcela se quedó pensando unos minutos en si lo que acababa de suceder había sido real o solamente producto de su fantasía.

—Tampoco pierdo nada por intentarlo —se dijo finalmente a sí misma.

Así que se puso manos a la obra. Y como Amintor le había dicho que podía tomárselo con calma, empezó remando con tranquilidad. Sin prisa pero sin pausa.